

MICROCENTRO 9 CUENTOS

RENATA BEGNA

NICOLÁS FERNÁNDEZ MURIANO

EMILIANO PÉREZ GARAY

GABRIEL ÁVALOS ABUIN

LEANDRO CALLE

SOFÍA DE CUCCO ALCONADA

JULIÁN DI BENEDETTO

JULIA DÍAZ LUQUE

NICOLÁS HOCHMAN

Microcentro 9 cuentos

Renata Begna

Nicolás Fernández Muriano

Emiliano Pérez Garay

Gabriel Ávalos Abuin

Leandro Calle

Sofía De Cucco Alconada

Julián Di Benedetto

Julia Díaz Luque

Nicolás Hochman



emecé



A modo de introducción

A principios de 2023 pusimos en marcha Microcentro Cuenta. El proyecto tenía un objetivo muy claro: generar una plataforma que, desde la perspectiva de la cultura, construya una resignificación del sentido asociado a esta zona de la ciudad de Buenos Aires. En otras palabras, el proyecto es una apuesta a favor del poder de la cultura para transformar y actualizar la mirada sobre un espacio urbano que había quedado inmerso en un proceso de transformación a raíz de múltiples razones, desde la pandemia hasta los nuevos hábitos de consumo y de trabajo que llegaron para quedarse.

De la mano de esta iniciativa también se hizo evidente que cualquier emprendimiento que se propone estimular la producción de creatividad e incentivar la imaginación, siempre puede conocer el punto de partida, pero es altamente improbable que pueda anticipar o conocer sus

límites de antemano. Desde aquellos primeros días de febrero de 2023 hasta el momento en que escribo estas líneas desfilaron cientos de artistas, de obras y de experiencias. Y lo mejor es que se fue afianzando una red de la que participan gran cantidad de espacios culturales, instituciones y entidades que creyeron que el microcentro porteño tenía una historia nueva (en realidad muchas) para contar. No lo hubiéramos podido imaginar cuando todo comenzaba.

Microcentro Cuenta Cuentos es un desprendimiento casi lógico de todo este movimiento. Surgió de la curiosidad por descubrir nuevas narrativas sobre el habitar estas calles. Lanzamos la inscripción y, para nuestra sorpresa, recibimos casi tres mil cuentos inéditos que le dan forma a un paisaje maravilloso de diversidad y múltiples perspectivas. Felizmente podemos asegurar que hay mucho para decir y, lo más importante, muchas voces con ganas de contar.

Microcentro 9 cuentos, publicación que compila los relatos ganadores del concurso, es una invitación a recorrer los rincones de la ciudad, sus aromas, sus tramas y sus personajes desde lugares diferentes. Pero sobre todo nos significa

la maravillosa oportunidad de encontrar historias originales y un nuevo registro sensible para enunciarlas. Estamos muy orgullosos y agradecidos por la respuesta, las ganas de participar, el invaluable trabajo de Nacho Iraola, coordinador general del concurso, y por el compromiso de notables como Mariana Enríquez, Lala Toutonian y Fabián Casas, integrantes del jurado.

Bienvenida esta primera edición. Como buenos amantes de los cuentos y de las historias, esperamos con ansias que este entretejido de palabras continúe imaginando y produciendo más relatos. Sabemos que empezó, no podemos (ni queremos) imaginar cuándo termina.

JAVIER GROSMAN
Director de Microcentro Cuenta

* * *

La aparición de un nuevo concurso literario siempre es algo que alegra. Más si ese certamen cuenta con un jurado con prestigio, y más si el premio es importante. En el caso de Microcentro

Cuenta Cuentos se dio todo. Contamos con un jurado excepcional integrado por Mariana Enríquez, Lala Toutonian y Fabián Casas, un premio altísimo en remuneración económica, pero que aparte incluye la publicación de la ganadora y las y los ocho finalistas en esta antología bajo el prestigioso sello Emecé. Nada mal.

Los premios literarios siempre son importantes para autoras y autores que quieren darse a conocer. Microcentro Cuenta Cuentos no fue la excepción: llegaron tres mil cuentos, una cantidad que impacta. Celebro entonces la creación de este concurso, que llegó para quedarse, y que también colabora con una industria golpeada.

Una aclaración: los nueve cuentos que integran este libro han tenido correcciones ortotipográficas, para evitar errores de tipeo, pero no han tenido editing. Esto ha sido adrede, para preservar la frescura con la que fueron escritos y enviados al concurso.

La literatura está de pie. Sigamos leyendo.

IGNACIO IRAOLA

Coordinador de Microcentro Cuenta Cuentos

Dictamen

Ganador del concurso:

«Desde la ventana»

El jurado del concurso Microcentro Cuenta Cuentos, integrado por Fabián Casas, Mariana Enríquez y Lala Toutonian, declara ganador por unanimidad al cuento «Desde la ventana», autora Renata Begna, bajo el seudónimo Juan Guerriero.

Con un disparador muy sencillo como la espera, construye un cuento en el que consigue jugar con la temporalidad y la ambigüedad.

La voz del personaje es melancólica: duda, tiene miedo, se enoja, se resigna, recuerda. Es muy complejo y vívido.

La autora juega con las expectativas del lector, dejándolo inquieto y cautivado.



De izquierda a derecha: Ignacio Iraola, Lala Tountonian, Javier Grosman, Mariana Enríquez y Fabián Casas.

Desde la ventana

Renata Begna

(ganadora)

Mi nombre es Renata Begna, nací en 2003 en Bernal. Actualmente estoy cursando la Licenciatura en Artes de la Escritura en la Universidad Nacional de las Artes (UNA).

El mundo de las palabras siempre estuvo. Aprendí a leer a los cuatro años porque intentaba entender los libros de psicología que mi mamá estudiaba. Ya ahí nació una curiosidad que devino literatura. Al principio fueron cuentos fantásticos, después realismo, realismo sucio y así hasta encontrarme en una voz a la que prefiero no restringir, porque es una voz que alterna, se diversifica, una voz cambiante.

Aún no tengo libros publicados, pero sí borradores que tienen la intención de serlo. Hasta entonces seguiré leyendo y escribiendo y estudiando y varios gerundios más.

Ella todavía no llega. Aunque son las ocho, él ya bajó la carne del freezer, la descongeló y bañó en hierbas; la noche se terminó por asentar y el frío alcanzó ese punto insoportable. Ella todavía no llega. A él, de a poco, la tranquilidad se le escurre. No por el ruido de esa ausencia, la ausencia reversible, que es un sonido tirante y monótono, sino por todas las calamidades que pueden sobrevenir en la distancia. Se oscurece. Podrían haberle robado la cartera de un manotazo en la 9 de Julio, ella llegaría a casa desplumada, con el rímel corrido y antes que nada él le preguntaría qué pasó mientras abriría los brazos para envolverla y acariciarle el pelo de arriba abajo y decirle tranquila, tranquila, acá estoy, tranquila, estoy acá. Ella temblaría y con eso volvería a sentir lo que padece desde que se mudaron. Un temor denso que nace en el pecho y se propaga a todo el cuerpo. Ella camina por esas calles que todavía

resultan ajenas y el temor se intensifica, suena una música profunda, como un om. Una sinfonía. Prende el gas y manda todo al horno. Se acaricia el pecho y busca el humo de un cigarrillo. Se acerca a la ventana, abre los postigos y se asoma. El frío le revienta en la cara. Amaga con volver a entrar la cabeza pero no. Ahí se queda. Apoya los codos, se entrega a la marca que va a dejarle la madera, estira la cadera, respira y siente la humedad. Quiere estar bajo el agua, en algún río, sumergido. Sentirse envuelto. Quiere lluvia, que sea un agua fresca que acabe por congelarle la nariz. Quiere que las gotas lo obliguen a fruncir los párpados, que el agua se le meta entre las pestañas y que al abrir los ojos la calle se desenfoque, las luces se distiendan, que alumbren algún gato y también a ella, llegando por la vereda de enfrente, sosteniendo un paraguas entre el brazo y las costillas, en la mano una bolsita de plástico de la que va sacando puñados que se lleva a la boca. Él la vería llegar al cordón, mirar para ambos lados, esperar que pase una bicicleta y cruzar, así, por el medio de la calle. Después desaparecería de su panorámica, oiría el portazo de madera y esperaría unos segundos hasta el próximo sonido, qui-

zás el de los pies secándose en la alfombra. Si así ella llegara, él le daría un beso corto, preguntaría cómo fue, iría a la cocina y serviría una copa de vino para cada uno mientras ella desde el cuarto se quejaría sobre su compañera Laura, que no deja de hacerle la vida imposible, que es de esas minas que deben producir odio hasta dormidas, que huele a pucho y a sillón viejo, que sólo sabe hablar gritando y a todo responde «bueno». Se encontrarían en el living, se tirarían en el sillón, ella apoyaría la bolsita y él le diría que para qué viene comiendo pavadas si sabe que queda poco para la cena, ella con la boca llena le diría que no importa, cenamos más tarde. Él diría que no, que tiene una tapa de asado en el horno, que calculó el tiempo exacto para sacarla, que si la deja apenas cinco minutos de más, se seca, y ahí te vas a quejar porque a vos te gusta a punto y yo no me maté toda la tarde cocinando para después cenar con la peor de las ganas, y entiendo que laburás hasta tarde, pero te pido por favor que por una vez nos manejemos con mis tiempos, alguna vez, cedé un poco, no todo puede tratarse sobre vos. Algo así le diría de creerse capaz. En realidad la conversación se diluiría en un «dale, no hay pro-

blema», mirarían una película, se quedarían dormidos y cuando despertaran ya sería tarde para cenar o tener sexo. Él se levantaría por el humo saliendo del horno, correría a la cocina y en vez de la carne se encontraría con una llama feroz. Ella puteando le diría vos sos imbécil, correte, dónde mierda tenemos el matafuego y ninguno de los dos lo sabría. Ante todo él no podría dejar de mirar el fuego, se preguntaría por qué algo tan destructivo puede ser tan hipnotizante, tanto que dan ganas de dejarlo consumir todo, de que la llama lo absorba sin dolor ni hormigueos. Una fusión amable. Intentaría extender el dedo pero se quemaría con solo acercarse al horno. Entonces el rojo desaparecería y en cambio se formaría una montaña de espuma blanca. La carne se dejaría entrever completamente carbonizada y él la vería agitada, con el matafuego pegado al estómago sobre una rodilla.

Ahí en la ventana siente un agua en la boca, un sabor a pistacho y con ello una corriente espesa. Escupe lo más lejos que puede y no alcanza a ver la gota caer. La carne debe seguir tierna, piensa en la oscuridad para diluir la espera, todo lo que la negrura esconde, las ilusiones que castra, esos

edificios que no se llegan a ver. Casi todo desaparece, se borra o se consume a sí mismo. Como si al caer la noche los edificios y las ventanas sin luz hicieran una espiral, cavaran un microagujero en el centro y se absorbieran en esa dirección. Como si todo se fuera y él quedase solo, apoyado contra el marco de la ventana y suspendido en el vacío de la ciudad. Sería oscuro, no habría estrellas, ni bichos de luz, reflejos, ella y la bolsita y el paraguas. Todo ahí, tan cerca, tan propio y tan perdido. No podía hacer nada más que mirar hacia afuera, intentando organizar su mundo sensible. El Bencich, totalmente oculto, las Galerías Pacífico borradas, es inusual, seguro andan sin luz, seguro, espero que el corte no llegue hasta acá, revisa el departamento con la mirada, después entra y encara la cocina, abre el horno, estira la bandeja, sigue tierna, un poco de sal gruesa, de vuelta a cocción, de vuelta a la ventana y sigue respirando el frío.

Vivir ahí es vivir sin ver. Mirar por su ventana es adivinar todo lo que no es. Se da cuenta: no sabe realmente lo que pasa en su calle. A la mañana temprano y ahí, alrededor de las ocho y media, el cielo es el mismo, luna o no la oscuri-

dad toma todo, hasta las estrellas. Desconoce el tipo de gente que anda, las bolsas de ropa con las que vuelven a sus casas, los zapatos gastados que usan cuando llueve, la cantidad de bicicletas que pasan, qué tan alto se escucha el freno del colectivo, cómo sabe el aire contaminado de las tres de la tarde o qué tanto invade el bullicio que a esa hora ya se trasladó a avenida Corrientes. Desde arriba sólo adivina las luces rojas del sex shop, alguna lata sobre el cordón y el hombre del contenedor de basura a quien ella le baja el desayuno casi todas las mañanas. Piensa en ella y su bondad, en ella y su nariz condescendiente, su indiferencia ante las nalgas desnudas del hombre, hacia todas las veces que lo encuentra haciendo pis en una botella, las veces que lo vio chuparse los dedos aceitosos de una lata de atún extirpada de una bolsa, la tarde que lo descubrió sin remera y se encontró con un mapa de piojos y cicatrices. El hombre y su olor y el olor de Laura que intenta imaginar. Piensa en el hombre y ella dándose un beso dentro del contenedor, en ellos enamorándose, huyendo juntos hacia alguna otra calle con algún otro contenedor al cual convertir en su hogar y tener hijos y perros y bolsas para romper

y chupar latas y pedir monedas con la mano en montoncito, con la mano sucia, ella con las manos sucias y él que pasa caminando y deja una moneda y la ve y no la reconoce y ella sí, ella percibe la angustia en sus ojos que casi ni la miran y recién ahí entiende que abandonó a un hombre y lo dejó en desamparo. Sacude la cabeza como se sacudían las pizarras de mina para borrar los dibujos y el bosquejo ahora es otro. Ella todavía no llega. Tal vez hizo las valijas mientras yo dormía y se llevó todo. Quizás corro al cuarto y encuentro nuestro placar vacío. Acaso no vuelva y nunca cenemos y la carne desvalida se achicharre en el horno. Se acerca, cocina, horno, pincha, sigue tierna, vuelve, mejor se queda acá, en la ventana, donde tiene qué mirar. Hacia el frente, hacia abajo, los mundos parecen inagotables. También parecen haberlo perdido todo. Las sirenas de ambulancia, los kioscos explotados, los edificios altísimos, todo tan cargado, tan grande, por momentos amplio, por momentos tan asfixiante que no cabe lugar para descansar la vista. De tanto, nada hay que ver. Se pierden las particularidades, una flor, niños en bicicleta, el ruido de la bordeadora, un verdulero que te pregunta cómo

anda don, un pájaro con gracia y no una rata. Las cajas todavía encintadas que se apilan a su costado son parámetro del poco tiempo que tuvo para acostumbrarse a esto, a una ventana de edificio, donde todo queda lejos, un recorte en la pared que no se abre a ningún árbol, ningún viento que haga golpear las puertas. Las gotas de lluvia no lo alcanzan y ella todavía no llega y él todavía no aprende a mirar la ciudad. Se pregunta si alguna vez lo hará. Si podrá adaptarse, si podrá con la vorágine, ¿podrá ella?, ¿podrá la ciudad con nosotros o le resultaremos tan poco interesantes que nos va a desterrar? ¿Nos habremos precipitado cuando nuestros amigos nos incentivaron a estar más cerca de ellos, de los teatros, de «la movida under», o de esos cafés que le gustan a ella?, ¿nos habremos precipitado a vivir entre bicicletas y bocinas y cigarrillos y líneas de colectivo que quizás nunca lleguemos a necesitar? Lavanderías caras, alquiler caro, balcones exquisitos arruinados, palomas, subte, líneas, ¿nos habremos precipitado cuando nos dijeron dale, dale, vengan, estamos todos acá, múdense, juntos, trabajen acá, trabajen cerca y véanse todos los días, todas las noches, cenén juntos, duér-

man juntos, invítennos a nosotros y charlemos todos y no puedan quejarse del otro porque van a estar así, juntos, siempre, nos habremos precipitado? Baja la cabeza y se mira las plantas de los pies. Las ve negras, con pelusas y se percata del polvo en el piso, porque sin despedirse de la noche, con la ventana abierta y el frío anulando la calefacción, busca la escoba y se propone dejar todo limpio y ordenado: corre las cajas, revuelve las pelusas, la madera ya absorbió el aroma de las hierbas. Revisa el horno. Decide bajar el fuego.